Commentarium, vol. 2 (2026), pp. 237-242
https://doi.org/10.34640/cjhs2_2026_40

Commentarium
JOURNAL OF HUMANITIES STUDIES
CJHS

CRITICAL REVIEW

Mary Beard, *Emperador de Roma. Gobernar el Imperio romano*. Barcelona: Crítica, 2023. Pp. 565. ISBN 9788491995821.

Borja Méndez Santiago

Universidad de Salamanca, España
https://orcid.org/0000-0002-0030-4122

La nueva monografía de Mary Beard, profesora emérita de la Universidad de Cambridge, es testimonio, al igual que su reciente *Doce Césares. La representación del poder desde el mundo antiguo hasta la actualidad* (2021), de su gran interés por tratar de comprender la figura de los emperadores romanos. Desde la publicación, en 1977, de la monografía más influyente de Fergus Millar, titulada *The Emperor in the Roman World (31 BC – AD 337)*, han sido muchos los estudios que han ido abordando distintos aspectos relacionados con la figura de los emperadores romanos. Particularmente interesante, en la medida en que revisa muchos de los postulados de Millar, es la reciente monografía de Olivier Hekster, titulada *Caesar Rules: The Emperor in the Changing Roman World (c. 50 BC – AD 565)*, mucho más académica que la aquí reseñada.

Desde un punto de vista estructural, la obra se divide en diez capítulos precedidos de un prólogo y un epílogo. En el prólogo (pp. 21-45) la autora parte de la denigración de la figura de Heliogábalo para introducir algunas de las cuestiones clave que planean detrás de este libro, como la polarización de unas figuras imperiales que tienden a ser simplificadas por unas fuentes que los retratan o bien como libertinos peligrosos, o bien como burócratas diligentes. También se presentan al lector las innumerables fuentes a nuestra disposición (de la literatura "clásica" a la arqueología, de la epigrafía a la papirología, de la arqueología a la numismática) para reconstruir la historia de los emperadores romanos y de los súbditos sobre los que gobernaban. Por último, la autora explica las razones que le han llevado a limitar su estudio tan solo al "Alto Imperio".

Los primeros dos capítulos tienen, como afirma la propia autora, un carácter introductorio. En el primero de ellos (pp. 47-82) se parte del análisis del *Panegírico* de Plinio a Trajano para demostrar cómo, detrás de lo que parece una simple adulación al emperador

* **CONTACT Borja Méndez Santiago** Email: mendezsborja@usal.es

© 2026 The Author(s). Published by *Commentarium: Journal of Humanities Studies*. This is an Open Access article distributed under the terms of the Creative Commons Attribution-NonCommercial-NoDerivatives License (http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/), which permits non-commercial re-use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original work is properly cited, and is not altered, transformed, or built upon in any way. The terms on which this article has been published allow the posting of the Accepted Manuscript in a repository by the author(s) or with their consent.

reinante, se encuentran una serie de expectativas en torno a su figura. A continuación, Beard ofrece un resumen de las causas que motivaron el cambio del sistema político y tiene en consideración las figuras de Sila y –sobre todo– César como antecesores de la figura del emperador creada, con enorme paciencia, por Augusto. Tras contraponer las acciones descritas por Augusto en sus *Res Gestae* con su *realpolitik*, basada en un férreo control militar que le permitió reconfigurar buena parte del sistema político romano, el capítulo termina destacando la (siempre tensa y muy compleja) relación entre el senado y la persona que ocupaba la púrpura en cada momento. El capítulo 2 (pp. 83-110) aborda el que, sin duda, fue el principal fracaso de toda la política augústea: la planificación de la sucesión. La ausencia de un principio hereditario establecido motivó no solo la proliferación de luchas entre camarillas con diferentes candidatos al trono sino, también, el desarrollo de una "cultura de la sospecha" en torno a la sucesión imperial. Sin duda, la reflexión más importante de este capítulo es que la "buena" o "mala" reputación de los emperadores no se debía tanto a su personalidad o sus actos, sino a las circunstancias de su sucesión. Así, los emperadores que eran efectivamente sucedidos por sus herederos engrosaban la nómina de los llamados "buenos emperadores". A través del ejemplo de Plinio el Joven (también de Tácito), Beard esboza un tema de gran interés: los apasionantes procesos de realineación política emprendidos por los miembros de la élite tras la muerte de un emperador.

El capítulo 3 (pp. 111-153) es, sin duda, uno de los más interesantes de todo el ensayo. Partiendo de un breve repaso por algunos de los espacios más fastuosos en los que los romanos más ricos celebraban sus banquetes, se analiza la figura de todas aquellas personas relacionadas con los ágapes imperiales, desde el emperador a sus invitados pasando, también, por la figura de aquellos individuos que los preparaban, gestionaban y amenizaban. La autora destaca, con gran acierto, la importancia de los banquetes en tanto que reflejo de las jerarquías sociales y/o económicas, estudia estos eventos dentro de lo que denomina la "cultura de la sospecha" y analiza qué criterios eran utilizados para distinguir a los "buenos" y "malos" anfitriones. El último epígrafe, centrado en la gruta de Sperlonga, le sirve a la autora no solo para reflexionar, una vez más, acerca de las complejidades de la relación anfitrión-huésped, sino, también, para introducir el análisis de otro espacio intrínsecamente unido a la figura del emperador. El capítulo 4 (pp. 155-207) aborda los palacios y residencias imperiales, no tanto arquitectónicamente, sino como espacios en los que se representaba el poder. La exposición comienza mencionando los *horti* situados en los suburbios de Roma, así como algunas (de las decenas) de suntuosas villas y complejos que, propiedad del emperador, jalonaban el Lacio y la Campania. El resto del capítulo se centra, más concienzudamente, en desentrañar las intrincadas plantas de dos importantes espacios imperiales: el Palatino, la famosa colina de Rómulo que pasó de ser la morada de las élites republicanas a simbolizar el gobierno de la familia imperial, y la

famosa villa Adriana de Tívoli, que es aquí interpretada como el proyecto sumamente personal de un emperador que quería recrear una especie de réplica en miniatura del imperio sobre el que gobernaba.

El capítulo 5 (pp. 209-257) analiza a las personas que rodeaban al emperador, partiendo del ejemplo del anónimo padre de Claudio Etrusco, una de las más claras muestras de movilidad social, pues, gracias a su puesto como jefe de los asuntos económicos del emperador (*a rationibus*), pasó de ser esclavo a integrante del *ordo equester*. Tras destacar la enorme especialización de los oficios de algunos esclavos y libertos de la familia imperial, se aborda la influencia ejercida, sobre ellos, por sus amantes (hombres y mujeres). Un tratamiento más extenso, acorde al mayor interés mostrado por los autores clásicos, reciben las madres, hermanas, esposas e hijas de los emperadores, que vivieron siempre bajo la sospecha de ser una mala (o desestabilizadora) influencia. Los distintos epígrafes en los que se subdivide el capítulo destacan a la perfección cómo los autores de época imperial –tanto griegos como romanos– observaron a estos colectivos con recelo, partiendo de la base de que la proximidad física al gobernante era una de las formas más seguras de calibrar la importancia social de una persona. El capítulo culmina con unas interesantes reflexiones en torno a la figura del gobernante, y que nos muestran las claras limitaciones de los escritos de Galeno, de Frontón, o del propio Marco Aurelio para reconstruir la experiencia de *ser emperador*.

Los capítulos 6 y 7 nos muestran, respectivamente, al emperador "en el trabajo" y en su "tiempo libre". El primero de ellos (pp. 259-298) parte del convencimiento de que "observar al emperador en su despacho nos ofrece una insólita oportunidad de descubrir los temores, inquietudes y quejas de la gente de la calle" (p. 263). Utilizando distintas fuentes de información (principalmente literarias y epigráficas), se destaca no solo la enorme carga de trabajo administrativo que debía soportar el emperador –estuviera en Roma o de viaje– sino, también, las grandes expectativas que muchos de sus habitantes depositaban sobre su persona. Así, era él, al menos en teoría, quien debería dar solución a los problemas que le planteaban (lo que no siempre era así). Frente a la imagen, muy extendida en la historiografía desde Fergus Millar, del emperador como un gobernante "reactivo", Beard destaca su elevado nivel de "actividad". El capítulo termina recordando una realidad evidente pero no por ello menos importante: el emperador era, con mucho, el individuo más rico de todo el Imperio. El capítulo 7 (pp. 299-337) nos presenta a los emperadores en sus momentos de ocio, ejercitándose, leyendo, pintando, ensartando moscas o dirigiéndose, disfrazados, a buscar pelea a los bajos fondos. Tres subepígrafes nos muestran al gobernante en el anfiteatro, en las carreras de cuadrigas y caballos celebradas en el Circo Máximo –estos dos espacios eran los únicos lugares en los que el emperador podía ser visto, a un tiempo, por una fracción importante de los habitantes de la ciudad–, y en distintos tipos de representaciones, desde obras de teatro a recitales

musicales. Se destaca que estos espacios, lejos de mostrar el desmesurado poder de los emperadores, eran lugares que los volvían extremadamente vulnerables, fuera a las peticiones del público o a las críticas derivadas de sus conductas. Los emperadores nunca estaban solos. El último epígrafe, titulado "a la caza de muchachos", analiza las referencias literales y metafóricas a las actividades cinegéticas de los emperadores.

El capítulo 8 (pp. 339-378) nos presenta a los emperadores durante sus viajes. Comienza haciendo un breve repaso por el famoso viaje turístico de Adriano (y su corte) por el Nilo en el año 130 d.C. (durante el que moriría Antínoo). Su intensa actividad viajera es analizada, sobre todo, como excusa para comprender cuáles eran algunos de los motivos que se encontraban detrás de los viajes imperiales, así como de la estrecha relación mantenida por los emperadores y algunas ciudades (en este caso Atenas). A renglón seguido, y utilizando, principalmente, documentación papirológica, se analizan los terribles desafíos logísticos que suponían los viajes imperiales para unas autoridades locales que debían proporcionarles, al menos, su sustento básico. La segunda parte del capítulo aborda la figura del emperador en la guerra. En contra del militarismo romano de los siglos III-I a.C., la imagen del emperador como máximo dirigente militar hubo de adecuarse a unos nuevos tiempos en los cuales el Imperio, más que promover nuevas anexiones, se limitó a hacer frente a las amenazas que se le iban presentando. Así, se destaca que las escasas conquistas de los ss. I-II d.C. respondieron más a la "vanidad" de los distintos emperadores que a una política expansionista convenientemente orquestada.

El capítulo 9 (pp. 379-427) nos muestra, "cara a cara", a los emperadores y emperatrices romanos. Se destaca que, a lo largo de toda la historia del Imperio, la difusión de las imágenes (altamente estereotipadas) del emperador y de sus familiares más cercanos alcanzó cotas nunca antes vistas. Aunque, generalmente, el interés investigador se ha centrado en los millones de monedas conservados y en miles de estatuas y relieves, se subraya la omnipresencia de la figura imperial en otras formas de expresión artística, desde camafeos a vajillas de distintas calidades, de lienzos pintados a dulces de efímera existencia. Se afirma que, mientras que monedas y estatuas estarían estrechamente supervisadas por la "autoridad central", el resto de las manifestaciones reseñadas se verían libres de este encorsetamiento, mostrándonos unas imágenes mucho más "libres". El análisis de todos estos retratos imperiales nos acerca a algunos de los aspectos clave de la "ideología del poder", y nos permite reflexionar acerca de la finalidad de unas imágenes que no solo buscaban inculcar la lealtad y la admiración entre los súbditos del emperador, sino que también instruían a este último acerca de cómo debía verse a sí mismo como gobernante.

El capítulo 10 (pp. 429-458), que cierra el libro, se acerca a la muerte de los emperadores. Un primer apartado analiza temas como las muertes de los emperadores, explica cómo eran sus funerales, y se detiene tanto en los lugares que contenían sus restos

(principalmente en los mausoleos de Augusto y Adriano) como en los sobrios epitafios que conmemoraban sus vidas. A continuación, se analiza, de forma breve, la deificación de los emperadores (y de otros miembros de su familia) y se demuestra, a través de un papiro que recogía el calendario religioso que regía la vida de una unidad militar en la localidad de Dura Europos (Siria), cómo las efemérides de las biografías de algunos emperadores, pasados y presentes, marcaban la vida cotidiana de estos soldados asentados en uno de los *limes* del Imperio. Los siguientes dos epígrafes, que constituyen un breve acercamiento al tema del culto imperial, abordan cuestiones tan espinosas como la "verdadera" creencia de los romanos acerca de la "humanidad" o "divinidad" de los emperadores, o la dificultad que tenían para plasmar visualmente la transformación de una "naturaleza humana" en otra "divina". El capítulo se cierra recordando algunas de las últimas palabras de los emperadores más famosas, desde la fina ironía de Vespasiano a la pregunta de Augusto a sus amigos de si había actuado bien en la "comedia de la vida".

Un breve "Epílogo" (pp. 459-470), que justifica por qué el libro no se adentra en la historia de los emperadores romanos tras el asesinato de Alejandro Severo (235 d.C.), y una breve sección final en la que se aborda la problemática de los nombres de los emperadores (pp. 471-474), cierran la exposición de los contenidos del libro.

Este volumen constituye un análisis muy personal de la figura del emperador romano, que se aleja satisfactoriamente de las constricciones que a menudo rigen los acercamientos académicos a estas figuras. Así, frente a la monografía, ya mencionada, de Olivier Hekster –mucho más técnica y que hace un uso extensivo de los testimonios numismáticos para llevar la narración hasta el reinado de Justiniano– el ensayo de Beard, partiendo de un fino análisis sociocultural de la literatura antigua, y escudriñando con rigor los testimonios artísticos y arqueológicos a nuestra disposición, constituye una aproximación mucho más nítida a la vida de los propios emperadores. También a la existencia de aquellos millares de personas que vivían con él, desde sus familiares más cercanos hasta algunos de los esclavos que trabajaban en palacio llevando a cabo las mil y una tareas necesarias para que todo siguiera funcionando adecuadamente. La amplia bibliografía citada y brevemente comentada en las pp. 475-525 testimonia no solo la enorme experiencia de la autora de este libro, sino, también, la marcada tendencia de una historiografía reciente que tiende a soslayar aquellos trabajos no realizados en lengua inglesa. La traducción del libro es cuidadosa, fluida y carece de erratas de importancia, aunque sí presenta algún que otro error reseñable, como la mención, en la p. 30, de que Vespasiano murió en el año 76 (en vez de del 79 d.C.). También se detectan algunos errores en nombres de personajes. Ocurre esto, por ejemplo, en la p. 324, donde leemos "Leandro" en vez de "Cleandro", en la p. 514 ("Flaminio" en vez de "Flaminino") y en la p. 519 ("Osbourne" en vez de "Osborne").

Por todo lo anterior, nos encontramos ante una obra de madurez, escrita por una autora que demuestra no solo una gran competencia a la hora de analizar las fuentes empleadas, sino, también, una enorme capacidad a la hora de presentar, de manera sintética, comprensible y enriquecedora, una gran variedad de ideas. Aunque no estamos ante una obra académica –sin duda, su público mayoritario se encuentra fuera de las instituciones universitarias–, el prestigio de su autora, unida a una redacción clara y a un inteligente uso de imágenes y mapas, hacen de este libro una lectura recomendable tanto para estudiantes universitarios como para aquellos especialistas que buscan una obra estimulante.